

LA «SEGUNDA TRANSICIÓN» EN HUNGRÍA: LAS PERSPECTIVAS DE LAS ELITES Y LOS CAMPOS DE BATALLA POLÍTICA (*)

Por RUDOLF L. TÖKÉS

SUMARIO

INTRODUCCIÓN.—I. ELITES HÚNGARAS EN TRANSICIÓN: OBSERVACIONES PRELIMINARES.—II. TRES ELITES: ¿CAMINOS PARALELOS O CONVERGENTES?—III. ELITES: LOS CAMPOS DE BATALLA Y LAS CUESTIONES POLÍTICAS: 1. *La transformación institucional*. 2. *La «izquierda ausente»*. 3. *La transformación económica*. 4. *«Restauración moral»*. 5. *Justicia política*. 6. *Justicia social*. 7. *Autogobierno*. 8. *«El lugar de Hungría en el mundo»*.—IV. CONCLUSIONES.

INTRODUCCION

En su discurso inaugural, el primer ministro, József Antall, pidió al pueblo húngaro cien días de paciencia para que el gobierno pudiese comenzar con buen pie la tarea de transformar el país de un Estado posttotalitario en un Estado liberal democrático (1). Los primeros cien días han pasado: desde mayo de 1990 hasta ahora, el Parlamento ha modificado la Constitu-

(*) Ponencia preparada para el Congreso sobre «Obstáculos para la democratización y el establecimiento de instituciones en Europa», patrocinado por el Instituto de Investigación sobre Seguridad Este-Oeste y por el Instituto de Relaciones Internacionales de Holanda, 9-11 de noviembre de 1990, La Haya (Holanda).

(1) PARLAMENTO HÚNGARO: *Actas, Registros taquigráficos*, primera sesión, 5.º día, 22 de mayo de 1990, cols. 190-214.

ción y ha promulgado varias leyes, el gobierno ha abolido unos ministerios y creado otros nuevos, y a principios de agosto se celebró incluso un referéndum nacional, ignorado, por cierto, por la mayoría de los votantes. La «transición hacia la democracia» del país está en marcha, y, sin embargo, en la gente domina el escepticismo o algo aún peor (2). En el Parlamento reina la confusión, y los partidos de la oposición ya están pidiendo la dimisión de algunos miembros del gabinete, a la vez que presentan informes muy críticos sobre la supuesta mala administración de los asuntos de Estado por parte del gobierno.

Todo esto se parece mucho a un septiembre gris, cuatro meses después de unas elecciones rutinarias en la vida política de una democracia liberal de Occidente. No obstante, Hungría todavía no es una democracia liberal, y los últimos cien días han sido cualquier cosa menos grises. En cualquier caso, cambios drásticos, especialmente la «limpieza general» prometida por los partidos de la coalición de gobierno, que tendría que barrer a las viejas elites de sus posiciones, todavía no ha sido llevado a cabo. Los frustrados electores no están convencidos de si lo que se ha producido en Hungría ha sido un cambio de sistema político o un simple cambio de las elites que gobiernan (3).

Al evaluar la situación política de Hungría hay que llamar la atención sobre las cargas del pasado, que la dirección del país tendrá que superar para construir la democracia. Cuando reflexionamos sobre los dilemas políticos del gobierno Antall se nos viene a la mente, aunque las circunstancias sean completamente distintas, el célebre debate entre el menchevique Julius Martov y el bolchevique Lenin sobre las perspectivas de la Revolución rusa. Martov era profundamente pesimista, y citaba la ya clásica advertencia de Friedrich Engels en *Las luchas campesinas en Alemania*. En palabras de Engels,

«... lo peor que le puede ocurrir al líder de un partido extremista es verse obligado a asumir el gobierno en un momento en que el movimiento aún no está preparado para que domine la clase a la que él representa y para la puesta en práctica de las medidas que

(2) Sobre esto, véanse las indicaciones de las encuestas a nivel nacional en *Világ*, 12 de julio de 1990, págs. 23-23; *Figyelo*, 9 de agosto de 1990, págs. 1 y 5, y *Magyar Hirlap*, 17 de agosto de 1990.

(3) Cfr. LÁZLO KÉRI: «A magyar politikai élet szerkezete és mozgása e rendszerváltás után» (La política húngara: su estructura y su dinámica desde el cambio del sistema político), estudio sin publicar, agosto de 1990, pág. 140. Véase también BELA KURCZ, «Jótündér» (Hada madrina), en *Magyar Nemzet*, 21 de agosto de 1990.

dicha dominación implica. Lo que *puede* hacer no depende de su voluntad, sino del grado de contradicción entre las clases y del nivel de desarrollo de los medios materiales de subsistencia y de las condiciones de producción y comercio sobre las que siempre reposan las contradicciones de clase... Lo que *puede* hacer contradice todas sus acciones y sus principios anteriores y los intereses inmediatos de su partido, y lo que *tendría* que hacer no puede hacerse. En una palabra: se ve obligado a representar no a su partido o a su clase, sino a la clase para cuya dominación esté preparado el movimiento en ese momento. Por el bien del movimiento se ve obligado a fomentar los intereses de una clase ajena y a alimentar a su propia clase con frases y promesas y con la aseveración de que los intereses de esa clase distinta son los mismos que los suyos. Cualquiera que se encuentre en esta difícil situación está irremediabilmente perdido (4).

El Foro Democrático Húngaro (FDH) *no* es un partido extremista, y József Antall y sus colegas en la coalición de gobierno, el Partido de los Pequeños Propietarios (PPP) y el Partido Demócrata Cristiano Popular (PDCP), *no* son revolucionarios; y tampoco pretendemos sugerir que los nuevos líderes húngaros estén «irremediabilmente perdidos». De hecho, como explicaré más adelante, disponen de toda una gama de opciones políticas para superar muchos de los obstáculos a los que se enfrenta el nuevo régimen. El punto principal es que, a diferencia de Iliescu en Rumania y de los dirigentes de la RDA antes de la unificación, Antall y sus colegas *no* están presidiendo el país desde las ruinas aún calientes del viejo régimen: son los beneficiarios de un proceso de años de transición política pacífica que ha culminado en las elecciones libres de marzo-abril de 1990 y ha llevado al poder a la coalición FDH-PPP-PDCP (5).

La «revolución negociada» de Hungría ha sido pacífica; tan pacífica que, como dijo Antall, «no se ha oído ni una bofetada» (6). Reflexionemos sobre esta afirmación: el tormentoso renacimiento de la democracia en otros

(4) LEWIS S. FEUER (ed.): *Marx and Engels basic writings on politics and philosophy*, New York, Doubleday, 1959, pág. 435.

(5) Cfr. RUDOLF L. TOKÉS: *Vom Post-Kommunismus zur Demokratie. Politik, Parteien, und die Wahlen 1990 im Ungarn* (Interne Studien, No. 18/1990), Bonn, Konrad Adenauer Stiftung-Forschungsinstitut, junio 1990. Véase también GYÖRGY SZOBOSZ-LAI (ed.): *Parlamenti Valasztások 1990* (Elecciones parlamentarias 1990), Budapest, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de las Ciencias de Hungría, 1990.

(6) «Antall, Ministers Interviewed on 'next 110 days'», en FBIS: *Daily Report*, EEU-90-175, 10 sept. 1990, pág. 35.

lugares de Europa del Este tal vez haya tenido un deseable efecto de purificación y haya servido como una oportuna cesura entre la vieja y la nueva situación. En Hungría, en cambio, no ha habido tormentas políticas purificadoras. Por consiguiente, uno podría preguntarse. ¿ha sido realmente «bueno» que el viejo régimen no fuera capaz de oponer ninguna resistencia y que haya entregado las riendas del Estado casi con gusto a un gobierno elegido libremente? Y ¿qué ocurre con aquellos que han dirigido y malgobernado el país de forma lamentable en los pasados cuarenta y dos años? ¿No habría que pedirles cuentas de sus crímenes contra el pueblo? ¿Acaso se les debe la gratitud y el perdón por no haber actuado como Ceausescu? Y ¿cuál sería su puesto en una nueva Hungría? Preguntas como éstas en el orden del día de la transición húngara son un indicio de las reflexiones que inevitablemente siguen al derrocamiento, aunque pacífico, de una dictadura política.

La otra cara de la cuestión es si el país está suficientemente «maduro» para aceptar y apoyar las medidas políticas de la Asamblea Legislativa y del gobierno libremente elegidos. Además, ¿acaso las circunstancias sociales y económicas que conforman la conciencia política del pueblo y de las elites no son prácticamente las mismas que las de los últimos años de Kadar en Hungría? Siendo así, la gente estará aún cautiva del pensamiento y de los valores que los cuarenta y dos años de «socialismo existente» han legado al país. Por tanto, ¿no son los intereses que tiene que conciliar el nuevo régimen los mismos que los de sus desacreditados predecesores? Lenin y Stalin consiguieron resolver los «dilemas de Münzer» en Rusia, pero sus métodos originaron el monstruo de un Estado totalitario. El terror y la dictadura no son métodos disponibles ni aceptables para la construcción de una democracia liberal en Hungría.

La tesis de esta ponencia es que los nuevos dirigentes húngaros deben encontrar, y la encontrarán, la forma de vencer el pasado, y es más, la solución a este histórico desafío surgirá, en los meses y años venideros, de la interacción entre las «viejas», «subsistentes» y «nuevas» elites políticas del país y el pueblo húngaro. En las páginas siguientes me centraré principalmente en las elites que actúan en la política húngara e identificaré a los componentes individuales de los tres grupos de elites que más sobresalen a la hora de determinar los resultados políticos del presente período de transición en Hungría. Habría que considerar a cada una de estas elites como una agrupación laxa de distintos grupos de intereses, *lobbies* políticos y entidades sociales amorfas, organizados o no, activas, que intentan promocionar sus intereses en una o más de las ocho «escenas políticas» de la Hungría poscomunista.

La defensa de esos intereses puede traducirse en cooperación, adaptación o enfrentamiento con los responsables políticos o en una mezcla de las tres cosas. Si bien el «pueblo» como tal, como espectador preocupado o como presa de la pugna entre las elites, está siempre presente, resulta difícil deducir cuáles son sus deseos de los datos relativamente dispersos de las encuestas sobre opinión pública y preferencias políticas en la Hungría de hoy (7).

I. ELITES HUNGARAS EN TRANSICION: OBSERVACIONES PRELIMINARES

¿Quién son hoy las elites en Hungría? En general, en lo que respecta a las elites, me inclino a seguir la clasificación de Suzanne Keller, entendiendo así como tales tanto las elites «estratégicas» como las «segmentales», así como su división en *a*) elite política actual; *b*) elite económica, militar y científica; *c*) elites que ejercen una autoridad moral, como los sacerdotes, los filósofos y los educadores, y *d*) elites que «mantienen unida a la sociedad», como es el caso de las personalidades culturalmente sobresalientes (8). En Hungría existen los cuatro tipos de elite, y todas poseen capacidades y recursos específicos, que podrían convertirse en influencias sobre la opinión pública y de ahí en poder para afectar las decisiones y los resultados dentro del reino de la política pública.

Está claro que las elites persiguen la defensa y la promoción de sus intereses mediante la constante redefinición, en provecho propio, de los términos de interacción con sus competidores en la búsqueda de recursos y de respaldo del público. Aunque el proceso puede ser muy complejo, bajo las condiciones de estabilidad política de un «estado estable» queda abierto al escrutinio de los estudiosos de la política de elites. Esto es especialmente cierto en las democracias liberales, donde la libertad de prensa y las tradicionales reglas del juego político contribuyen a crear un entorno relativamente abierto, en que los que toman parte en la política de elites tienden a comportarse con el debido respeto hacia unas normas preestablecidas de civismo y juego limpio.

La política de elites de las transiciones políticas, especialmente de las que comportan cambios de magnitud «revolucionaria» (como es un cambio

(7) Esto también es cierto para el resto de la Europa del Este. Cfr. T. GARTON ASH: «East Europe. Après Le Déluge, Nous», en *New York Review of Books*, 16 de agosto de 1990, págs. 51-57.

(8) S. KELLER: «Elites», en *International Encyclopedia of Social Sciences*, vol. 5, New York, Macmillan and the Free Press, 1968, págs. 26-28.

de dirección política de 180 grados, de socialismo de Estado a democracia liberal), es enormemente difícil de penetrar. En palabras de Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter,

«durante estas transiciones, en muchos casos y respecto de muchos temas, es prácticamente imposible especificar *ex ante* qué clases, sectores, instituciones u otros grupos van a asumir qué papel, optar por qué posición o respaldar qué alternativa. De hecho, tal vez todo lo que se pueda decir es que en los momentos y las elecciones cruciales de la transición, la mayoría, si no la totalidad de estos actores 'estándar' tienden a estar divididos y vacilantes sobre sus intereses e ideales y, por tanto, a ser incapaces de cualquier acción colectiva coherente. Además, estos actores tienden a experimentar cambios significativos en su intento por amoldarse a los cambios de contexto causados por la liberalización y la democratización» (9).

Aunque la transición húngara ha dejado un rastro bastante abundante de datos publicados, sabemos muy poco del funcionamiento *interno* del gran número de grupos y organizaciones de elite y subelite que desempeñaron un papel en el proceso. Y aún menos conocemos los detalles concretos de las relaciones interpersonales, los consensos informales y los acuerdos confidenciales que se produjeron dentro de las viejas elites, y entre las viejas elites y las nuevas, para la futura repartición del poder y la redistribución de privilegios (10). En cualquier caso, lo que sí sabemos basta para formular varias proposiciones generales sobre el papel de las elites en la transformación política de Hungría, a saber:

- que hasta mayo de 1988 todas las decisiones estratégicas eran tomadas por pequeños grupos de elite dentro del Partido Socialista de los Trabajadores de Hungría (PSTH);
- que mucho antes de la caída de János Kádár, en 1988, había habido decenas de elites «políticamente relevantes», semiautónomas o autó-

(9) G. O'DONNELL/PH. C. SCHMITTER: *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1989, pág. 4.

(10) Un año después de la firma de los acuerdos de la Conferencia Nacional del 18 de septiembre de 1989 quedan todo tipo de preguntas sin respuesta, como quién dijo (o prometió) qué a quién. Sobre esto, véase K. VIGH: «Asztalbontás után» (Después de la Conferencia), en *Magyar Nemzet*, 18 septiembre 1990, y «A Pozgay-Orbán vita» (El debate Pozgay-Orbán), en *Magyar Hirlap*, 1 octubre 1990.

- nomas, que actuaban dentro y fuera del partido oficial y de la estructura de poder del gobierno;
- que el número de grupos de elites implicados en la toma de decisiones políticas, ya en calidad de participación directa o de consulta, aumentó drásticamente entre junio de 1988 y la salida del Gobierno Nemeth en mayo de 1990;
 - que con la reaparición, en el invierno de 1988-1989, de numerosos grupos, clubes y asociaciones inspirados en un tipo de «sociedad civil» y de varios partidos políticos, las fronteras de la política de elites se extendieron al reino de la política de masas, desde ese momento controlada por el régimen;
 - que, con el colapso de la autoridad política del PSTH y su renuncia a los privilegios de la *nomenklatura* del régimen en el verano de 1989, empezó un proceso de reordenación de las elites, en previsión de la transición hacia un sistema político de pluralismo postcomunista;
 - que, por distintas razones, las estrategias de adaptación a un nuevo entorno político de las viejas y nuevas elites húngaras descansaban fuertemente en la negociación y en otros medios no violentos de evitar conflictos, como instrumentos para seleccionar sus respectivos objetivos: salvar para la era postcomunista el poder, las propiedades, la posición y los beneficios propios de las viejas elites de la *nomenklatura* y crear un entorno político que condujera a la transición pacífica hacia unas elecciones libres y una democracia multipartidista;
 - que, a fin de controlar los caprichos de unos resultados electorales imprevisibles, varios grupos de elite más o menos bien financiados decidieron presentar candidatos para las elecciones al Parlamento de marzo-abril de 1990. Si bien ni las alianzas electorales tipo «caballo de Troya» de las viejas elites ni sus candidatos individuales (exceptuando a unos pocos que se presentaban como independientes) alcanzaron representación parlamentaria, la mayoría de ellos ha sobrevivido a la transición a la democracia con sus organizaciones, sus recursos y, lo que hace más al caso, con su ambivalencia o su abierta hostilidad hacia la soberanía popular, es decir, al gobierno de las no-elites, casi intactos.

En resumen, Hungría es un pequeño país donde la mayoría de los que participan en la política de elites han sido reclutados en las filas de la intelectualidad. En un contexto de la Europa del Este, y ciertamente en el contexto húngaro, el término «intelectualidad» no connota a un estrecho círculo

de literatos o a aquellos que ejercen la «autoridad moral», sino a personas con educación (graduados universitarios en la mayoría de los casos) que se han autoimpuesto una responsabilidad hacia el destino del país (11). El estrato superior de la intelectualidad húngara está compuesto por círculos solapados de grupos articulados, exclusivistas y altamente competitivos, situados en una escala jerárquica de poder, *status* y logros. Las elites húngaras no son «amigos del pueblo», en el sentido ruso *Narodnik*; más bien se ven a sí mismas como sus guardianes, con la histórica misión de protegerlo de los poderes existentes. Invariablemente, y sin que haya por qué sorprenderse, los «intereses del pueblo» parecen coincidir con los de las elites, y la política postcomunista de Hungría no es ninguna excepción.

II. TRES ELITES:

¿CAMINOS PARALELOS O CONVERGENTES?

Existen tres clases de elites: las «viejas», las «subsistentes» y las «nuevas», que participan activamente o que, por lo menos, están presentes en la política húngara de hoy (12).

Por viejas elites entiendo: *a*) las alianzas electorales y los partidos políticos extraparlamentarios que están bajo el liderazgo de personalidades del antiguo régimen todavía activas política y socialmente; *b*) grupos de interés corporativo, como la vieja/nueva Federación Sindical y las organizaciones que han sucedido a la Liga de Jóvenes Comunistas; *c*) los «comités de acción política» formales e informales de los viejos *lobbies* políticos de la agricultura y la industria pesada; *d*) agrupaciones amorfas de elites de tercer escalón formalmente asociadas con la policía, el ejército y la Guardia Obrera; *e*) grupos fundamentalistas dispersos de la intelectualidad marxista-leninista, y, aunque sea algo incongruente, *f*) líderes de importantes grupos religiosos que estuvieron en buenos términos (demasiado buenos, según algunos) con el viejo régimen.

Por elites subsistentes entiendo: *a*) los ejecutivos de nivel ministerial y de subgabinete que han vuelto a ser nombrados; *b*) los empleados civiles de

(11) La mejor visión de conjunto de la actual política de la intelectualidad en Europa del Este es la de T. GARTON ASH: *The Uses of Adversity. Essays on the Fate of Central Europe*, New York, Random House, 1990.

(12) La taxonomía es mía, y el término «elites subsistentes» intenta denotar a los miembros de la «meritocracia» de nivel medio del viejo régimen, funcionalmente indispensable, que siguen sirviendo bajo el nuevo.

grado más alto nombrados en los gobiernos locales y regionales; *c)* los líderes y los altos miembros de entidades corporativas, como la Academia de las Ciencias, las universidades y las asociaciones de intelectuales creativos y tecnócratas; *d)* los ejecutivos, jefes de programación y directores más antiguos de los medios de comunicación escrita y audiovisual; *e)* oficiales militares de grado superior, la judicatura y los profesionales del derecho, la medicina y la ingeniería; *f)* directores de empresas industriales, granjas estatales y cooperativas agrícolas, nombrados o dudosamente «elegidos», todavía en activo, y *g)* personalidades locales, ostensiblemente no políticas.

Por nuevas elites entiendo: *a)* el nuevo gobierno, los nombramientos políticos en la rama ejecutiva y el Tribunal Constitucional, recientemente elegido; *b)* los miembros del Parlamento; *c)* los alcaldes y altos concejales recientemente elegidos; *d)* los directores de nuevos grupos de presión, como uniones independientes, grupos de medio ambiente, etc.; *e)* grupos, clubes y asociaciones inspirados en modelos de sociedad civil (en los últimos dos años se han registrado 4.000 grupos de este tipo), y *f)* nuevas elites en los negocios, en los campos de las manufacturas, el comercio y los servicios y ejecutivos de las sociedades fundadoras (principalmente bancos) de la Bolsa de Budapest.

Lo que distingue a las nuevas elites de las otras dos es su participación activa, desde el otoño de 1988, en la política de partidos y en los asuntos públicos. Algunos miembros de las nuevas elites (especialmente los líderes del «histórico» PPP, el PDCP y los partidos socialdemócratas) y los veteranos del FDH y del ADL de la revolución de 1956 son personas mayores o de mediana edad. No obstante, en general, la edad media de 45,8 años de los nuevos miembros del Parlamento es un indicador bastante exacto de la identidad generacional esencialmente «posrevolucionaria» de las nuevas elites. Hablando en términos de pasado político, muchos de ellos fueron perseguidos durante el régimen Kádár, sufriendo desde la discriminación en el trabajo y el desempleo hasta la cárcel. Aun así, no más de un tercio de los diputados del Parlamento habían sido disidentes políticos activos antes de 1988. Además, desde el juicio y exculpación de Miklós Haraszti (miembro del Parlamento y miembro del ejecutivo de la Alianza de Demócratas Libres [ADL]) en 1972, ninguno de ellos ha sido encarcelado por sus creencias o actuaciones políticas.

Por tanto, lo que legitima las reivindicaciones de poder de las nuevas elites son los riesgos que corrieron cuando entraron en el ruedo político (entre 1988 y principios de 1989 *no* había ninguna garantía contra el retorno de un régimen de ley marcial), el mandato político que el pueblo les asignó en las elecciones públicas y el apoyo moral, político y económico de las de-

mocracias liberales occidentales, de que carecen las viejas elites (13). En cualquier caso, además del mandato electoral, las nuevas elites también obtienen apoyo político de los cerca de 250.000 afiliados de los seis partidos parlamentarios. Por el contrario, vale la pena recordar que la Federación de Sindicatos, controlada por las viejas elites y pendiente de reforma, tiene más de tres millones y medio de miembros, que todavía mantienen a la FS mediante tasas sindicales deducidas de la nómina. (El Parlamento húngaro está estudiando unas leyes correctivas sobre las tasas sindicales bajo propuestas del ADL.)

Como consecuencia directa del cambio de sistema político, las viejas elites han quedado excluidas del ejercicio directo del poder político. Su substrato electoral sale de entre los perdedores políticos y económicos de la transformación institucional de Hungría y de la reestructuración económica que ha transformado una economía centralizada en una economía de mercado. Una probabilidad es que los potenciales partidarios de las viejas elites sean una porción significativa del público que no vota, es decir, un 35 por 100 de las personas con derecho a voto y aquellos que votan a favor de los partidos y las coaliciones electorales herederas del viejo régimen. Por otra parte, resultaría igual de convincente decir que, tras dos años de tumulto político, la falta de participación política es un signo de agotamiento más que de oposición al nuevo régimen.

Aunque probablemente ellas se vean a sí mismas como las víctimas más que como los beneficiarios de la transformación política de Hungría, los verdaderos ganadores de este proceso son las elites subsistentes. Todo lo que se espera de ellas es que sigan con su trabajo. Además, son libres de seguir con su vida sin que oficialmente se espere de ellas ninguna participación política. Hasta donde llegan a expresar sus actuales preferencias políticas, pretenden hablar por la mayoría pasiva y en general silenciosa del pueblo húngaro. Las elites subsistentes no siguen sirviendo al nuevo régimen porque sean demócratas ni tampoco porque apoyen los valores defendidos por el gobierno o por la oposición. Le sirven porque no ven otra alternativa ante el nuevo *statu quo*. Constituyen el «centro ausente» en la política húngara. De hecho, en muchos aspectos, es el «consenso negativo» de las elites subsistentes lo que mantiene a flote el actual sistema político, que se mantiene en un equilibrio precario, y lo que permite que las minorías activas diriman

(13) Cfr. R. L. Tokés: «Hungary's New Political Elites: Adaptation and Change» (Las nuevas elites políticas de Hungría: adaptación y cambio, 1989-1990), ponencia preparada para la Mesa Redonda de Ciencias Políticas USA-Hungría, en la Convención Anual de la Asociación Americana de Ciencias Políticas, San Francisco, 28-29 de agosto de 1990.

sus diferencias en el Parlamento, los medios de comunicación y los mítines políticos de los fieles al partido.

En resumen, las tres clases de elites de Hungría podrían compararse con los actores de un drama alegórico griego. Las preferencias ideológicas de las elites, sus hábitos de pensamiento, su ambivalencia y su miedo frente a las incertidumbres de una democracia liberal (y frente a la soberanía que ésta confiere a las no-elites) están enraizadas en la cultura política tradicional de la Europa del Este, a la vez que en la experiencia que las elites han compartido en los pasados cuarenta y dos años de régimen comunista. Aunque las oportunidades para su emancipación colectiva de las cargas del pasado a través de la transformación democrática del país están ahí, los «actores»-elite, al igual que sus modelos griegos, parecen incapaces de desprenderse de su sino dispuesto por los dioses que le obliga a marchar inexorablemente hacia su destino. En el caso de Hungría, el resultado no tiene por qué ser trágico. Sin embargo, como se indicará en el siguiente análisis de la política de los primeros cien días del Gobierno Antall, requerirá un esfuerzo sobrehumano por parte de todos los interesados «engañar a los dioses» manteniendo la ruta, a pesar de los obstáculos que se presenten a la construcción de la democracia en Hungría.

III. ELITES:

LOS CAMPOS DE BATALLA Y LAS CUESTIONES POLITICAS

Con la desaparición del viejo régimen, desde mayo de 1990, Hungría se encuentra en el proceso de «otra transición» hacia la democracia (14). Sin embargo, la democracia, como Adam Przeworski explica en su ensayo seminal, «institucionaliza la incertidumbre» (15). Por eso, desde el punto de vista de la nueva dirección, el resultado podría definirse como el «dilema del capitán». Aunque el destino sí es conocido, la ruta debe atravesar aguas inexploradas, la tripulación es inexperta y el «barco» de las instituciones políticas del país lleva retraso por reparaciones. Sin embargo, preparado o no, tiene que navegar porque los pasajeros están inquietos y entre la tripulación se esconden los amotinadores.

Los asuntos principales del actual período de transición parecen situarse

(14) O'DONNELL/SCHMITTER: *ob. cit.*, pág. 12.

(15) A. PRZEWORSKI: «Problems in the Study of Transition to Democracy», en las ediciones de G. O'DONNELL, P. H. C. SCHMITTER y L. WHITEHEAD: *Transitions from Authoritarian Rule*, vol. 3: *Comparative Perspectives*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986, p. 58.

dentro de ocho campos políticos. Cada uno de ellos implica la participación de dos o incluso de las tres elites políticas de Hungría. Las escenas políticas podrían clasificarse en: *a)* transformación institucional; *b)* la «izquierda ausente»; *c)* reestructuración económica; *d)* «regeneración moral»; *e)* justicia política; *f)* justicia social; *g)* autogobierno, y *h)* «el lugar de Hungría en el mundo».

1. *La transformación institucional*

El nuevo régimen heredó de su antecesor un voluminoso bagaje de asuntos sin resolver. Los más destacados eran la nueva Constitución, la responsabilidad del gobierno ante el Parlamento, los procedimientos para la elección del presidente de la República y los poderes de dicho cargo y la esfera de los asuntos legislativos que requieren una mayoría cualificada de dos tercios del Parlamento para su promulgación como leyes. Si la resolución de estas cuestiones se le hubiese asignado al nuevo Parlamento, el resultado habría sido la parálisis legislativa, el estancamiento político y la anarquía.

La solución, en forma de un compromiso global de cinco partes, negociado en secreto por el FDH y el principal partido de la oposición, la ADL, a finales de abril de 1990, fue brillante, aunque políticamente muy arriesgada para los dos partidos (16). La apropiación de los privilegios legislativos del Parlamento libremente elegido, mediante un hecho consumado, dejó a ambas partes expuestas a la acusación de traición por parte de sus respectivos compañeros de coalición y sus aliados políticos. El «pacto», como fue llamado el acuerdo por sus múltiples críticos, también suscitó algunas cuestiones problemáticas sobre el sistema de partidos en la Hungría postcomunista.

Cuando tuvieron a mano los resultados de las elecciones, todos, especialmente las elites viejas y las subsistentes, clamaron por una «gran coalición» que garantizase la estabilidad. Uno sospecha que lo que estas elites tenían en la cabeza era la «continuidad», en el sentido de buscar el hundimiento de las plataformas electorales de ambos partidos y el fracaso del proyecto radical de reprivatización de la tierra de los Pequeños Propietarios y del llamamiento de la Alianza de Jóvenes Demócratas (AJD) por una «nueva política» en Hungría. Además, el temor de que se produjeran batallas parti-

(16) «Megallapodás» (Acuerdo), en *Magyar Hirlap*, 3 mayo 1990. Para una evaluación de los comentarios de las elites sobre el «pacto», véase KÉRI: *ob. cit.*, páginas 94-103.

distas divisorias entre el gobierno y una oposición fuerte era compartido también por la mayoría de los húngaros, acostumbrados desde hacía mucho tiempo a un gobierno fuerte y a una legislatura ocasionalmente ruidosa, pero básicamente soporífera.

Al optar valerosamente por la «certidumbre de la incertidumbre» de un sistema democrático liberal y, de hecho, bipartidista, el FDH y la ADL abrieron la caja de Pandora de la política partidista dentro de Hungría (17). En cualquier caso, al obrar así minaron, tal vez fatalmente, su credibilidad ante los ojos de sus respectivos compañeros a un lado y a otro de la nave del «honorable Parlamento». Mientras que el FDH, como principal asociado en el gobierno, se enfrentaba al problema arduo pero manejable de mantener a raya a los turbulentos Pequeños Propietarios, los Demócratas Libres perdieron, tal vez de forma irreparable, la confianza de la pequeña pero brillante AJD, respecto a su compromiso con unas metas ideológicas que anteriormente compartían (18).

Existe una relación de antagonismo interno entre el nuevo gobierno y la Asamblea Legislativa y las otras elites que han sido despojadas del poder político. El punto en cuestión aquí es cuál es el *verdadero* equilibrio de poder entre ambos y cuál el que se observa desde fuera. El asunto gira en torno al modo en que cada una de las partes interpreta los resultados de las elecciones de marzo-abril de 1990. Por una parte, la coalición de gobierno, aunque controla el 59 por 100 de los escaños de la Asamblea Legislativa, basa su mandato en los votos afirmativos de menos de un tercio de las personas con derecho a voto en Hungría, y el apoyo electoral de los partidos de la oposición es todavía más limitado. Por otra parte, como se muestra más adelante, la exclusión del poder de seis de los partidos electorales finalistas y de treinta y tantos partidos más que habían caído en el camino en una fase anterior de la campaña electoral, tiende a arrojar amplias y vagas expectativas sobre el gobierno, que afirma representar los intereses de toda la nación (19).

En un sentido diferente, la oposición también ha sido víctima de la arit-

(17) Además de los habituales altercados entre el gobierno y la oposición, el sobrecalentamiento de la atmósfera de partidismo también produjo una docena de lo que László Kéri denomina «petardos» o «escándalos de la semana» sobre cuestiones tanto triviales como profundas. Cfr. KÉRI: *ob. cit.*, pág. 108-112.

(18) V. ORBÁN: «A paktum» (El pacto), en *Magyar Narancs*, 17 mayo 1990, y J. SZAJÉR: «Térdig a paktumban» (Sobre el pacto), en *Népszabadság*, 19 julio 1990. A diferencia de los líderes del AJD, el 64 por 100 del público aprobaba el «pacto»: *Magyar Hírlap*, 13 junio 1990.

(19) A propósito de los dilemas del nuevo gobierno, véase la entrevista con József Antall en *Magyar Nemzet*, 6 junio 1990.

mética electoral. La distancia ideológica que existe entre la ADL y la AJD y las viejas elites es mucho mayor que la que hay entre las viejas elites y la coalición de gobierno. Puesto que la oposición también afirma que habla en nombre de la nación, el resultado es una desorientación general en lo que respecta a la interpretación y a la ejecución legislativa de los mandatos electorales del gobierno y de la oposición respectivamente. Es más, la falta de una resistencia abierta por parte del viejo régimen y de sus aliados entre las elites hacia la transformación política de Hungría ha privado a las nuevas elites de la justificación política para moverse tan de prisa y tan lejos como lo habrían hecho en el caso contrario.

La cautelosa postura de las nuevas elites respecto a muchas cuestiones hizo que las elites viejas y las subsistentes, hasta entonces silenciosas, se animaran a cuestionar y a criticar el derecho del gobierno a hacer efectivo su «pacto secreto» y a ignorar la preocupación de sus críticos «democráticos» extraparlamentarios (20). Además, la Alianza de los Demócratas Libres, al estar obligada a mantener su palabra de respetar los términos del acuerdo FDH-ADL, se vio en la posición insostenible de tener que defender al gobierno frente a estos críticos de extramuros, a la vez que intentaba mantenerse como líder políticamente incorrupto de la «oposición constructiva» al gobierno. (El filósofo y presidente de la ADL, János Kis, debe haber encontrado bastante irónico tener que enfrentarse con la parte del «dilema de Münzer», que correspondía a su propio partido durante el verano y el otoño de 1990) (21).

La ardua tarea de promulgar incluso una pequeña parte de la agenda legislativa del gobierno húngaro habría sometido a un esfuerzo enorme las energías y el talento de los más expertos legisladores de una democracia liberal. Los miembros del *Bundestag*, de la Cámara de los Comunes y del Congreso de los EE. UU. cuentan con la asistencia de un equipo de expertos, con unas relaciones públicas bien engrasadas, la interacción habitual con los *lobbies* políticos y los grupos de interés y con vínculos estables con sus partidos y sus votantes. Pero hasta ahora, los 386 miembros del Parlamento húngaro recientemente elegidos no han podido contar con ninguna de estas

(20) Cfr. K. ALEXA: «Az MDF es a hatalom» (El FDH y el poder político), en *Népszabadság*, 18 junio 1990; T. FRICZ: «Demokracia-demokratak nélkül» (Democracia sin demócratas), en *Figyelő*, 21 junio 1990, y A. AGH: «Az MDF konnyu álmodog» (El FDH promete dulces sueños), en *Magyar Nemzet*, 18 agosto 1990.

(21) J. KIS: «Majdnem száz nap után» (Casi cien días después), en *Beszélo*, 11 de agosto de 1990, págs. 4-6, y I. EÖRSI: «A pártfétis szivóssága» (La persistencia de fetiches en los partidos), en *Népszabadság*, 15 junio 1990.

cosas. A la vista de estos impedimentos, resulta sorprendente ver cuántas cosas ha llevado a cabo este grupo de políticos novatos llenos de entusiasmo en los primeros cuatro meses de las nuevas sesiones legislativas, entre mayo y septiembre de 1990 (22).

No obstante, los admirables logros del Parlamento han ocasionado graves costos políticos a los responsables. El más importante es el del creciente distanciamiento entre los jefes parlamentarios de los seis partidos y los movimientos políticos de donde salieron (23). La preocupación por las responsabilidades legislativas y de gobierno dejó libre el campo de la interpretación y evaluación del expediente de las nuevas elites a los críticos de los medios de comunicación y a la difamación verbal de sus enemigos más acérrimos en la extrema derecha y la extrema izquierda del espectro político (24). Debido a esto, en las elecciones para los gobiernos locales de septiembre-octubre de 1990, el apoyo público a los partidos del Parlamento descendió, exceptuando a los Jóvenes Demócratas, y, como se indica más adelante, el crédito de los «independientes» sin partido aumentó. Vale la pena fijarse en esta tendencia de las viejas elites a reencarnarse en «independientes», puesto que podría ser un anuncio de la parcial disolución y reestructuración del actual sistema partidista de Hungría y, como una especie de ley de Gresham de la política postcomunista, su sustitución por una nueva coalición de elites viejas y subsistentes.

2. La «izquierda ausente»

En 1989-1990, cuarenta y cinco partidos y agrupaciones políticas recibieron del gobierno húngaro apoyo financiero para los gastos de la campaña electoral (25). De ellos, seis partidos y siete diputados independientes o

(22) Para dos evaluaciones contrastadas de los resultados de los primeros cien días, véase GABINETE DEL PRIMER MINISTRO: «Az első száz nap» (Los primeros cien días), en *Magyar Hirlap*, 1 sep. 1990, y FIDESZ (La Alianza de Jóvenes Demócratas): *Az első száz nap* (Los primeros cien días), septiembre 1990.

(23) M. BIHARI: «A pártosodás és az oligarchia vastörvénye» (La partidización y la ley de hierro de la oligarquía), en *Világ*, 28 junio 1990. Puestos a elegir entre el viejo y el nuevo Parlamento, dos tercios de los encuestados prefirieron el último: *Magyar Hirlap*, 3 agosto 1990.

(24) Este tipo de opiniones fueron difundidas extensamente en *Szabadság*, la publicación semanal del Partido de los Trabajadores (PSTH), y en *Szent Korona*, publicación semanal de la Unión Nacional Cristiana. Véase también el anuncio político de pago del PT (PSTH) aparecido en *Vasárnapi Hírek*, 29 junio 1990.

(25) *Figyelő*, 31 mayo 1990, y «Fantompártok, fantompénzek» (Partidos fantasma, dinero fantasma), en *Világ*, 26 julio 1990.

semi-independientes ganaron escaños en el Parlamento. Los grupos y partidos restantes podrían dividirse en agrupaciones de «izquierda», «derecha» y sectoriales. A diferencia de las últimas dos, que tal vez no sobrevivan una vez que sus subvenciones se hayan agotado, la izquierda y su ausencia de la Asamblea Legislativa representa un problema político de magnitud considerable.

Entiendo por partidos y grupos de izquierda: *a*) los seis partidos y coaliciones electorales [el Partido Socialista de los Trabajadores de Hungría —ahora llamado «Partido de los Trabajadores» (PSTH)—, el Partido Socialdemócrata Húngaro, la Alianza Agraria (en realidad, el AA tiene un diputado en el Parlamento), el Partido de los Empresarios, la Coalición Electoral Patriótica y el Partido Popular], que no llegaron a obtener el 4 por 100 de los votos emitidos para la elección de los partidos, y *b*) otros partidos que también concurrían, como el Partido Socialdemócrata Independiente, el Partido Socialdemócrata de los Gitanos Húngaros y grupos como la ortodoxa Sociedad Comunista Ferenc Munnich (26).

Los partidos de la «izquierda ausente» reivindican que representan los intereses de los «campesinos trabajadores, los trabajadores de la industria y los que viven de ingresos fijos», es decir, unos dos tercios del electorado húngaro. En cualquier caso, aunque aceptáramos esta reivindicación en lo que respecta a individuos de baja condición, como son los ancianos y el medio millón de gitanos húngaros, todavía nos quedaría un formidable substrato político en potencia que está desprovisto de representación política en el Parlamento.

De todos los partidos de la izquierda, es la ausencia de los socialdemócratas la más intensamente sentida en la vida política húngara. A diferencia del Partido Socialista Húngaro en el Parlamento, que es *el* partido de las elites subsistentes y de la clase media socialista, los intereses de los trabajadores organizados, especialmente los de los sindicatos obreros, todavía están en manos de lo que queda del aparato estalinoides de la vieja/nueva Federación de Sindicatos (27). Los «trabajadores», ya como entidad política simbó-

(26) E. CSIZMADIA: «Pártok parlamenten kívül» (Partidos fuera del Parlamento), en *Magyar Hírlap*, 22 junio 1990; R. CSIK: «A part elhagyta elnököt» (El partido abandonó a su presidente), en *Világ*, 24 mayo 1990; «TESZ lett a HNF-ból» (Del Frente Patriótico Popular en la Liga de Asociaciones Sociales), en *Magyar Nemzet*, 25 junio 1990; T. FRICZ: «Es mi van a parlamenten kívül?» (¿Y qué hay fuera del Parlamento?), en *Figyelo*, 26 julio 1990, pág. 5.

(27) Para evitar esto, el PSH ha propuesto hablar en el Parlamento en nombre de este grupo de votantes. Cfr. «A parlamentben az egész baloldalt kell képviselnünk» (En el Parlamento tenemos que representar a toda la izquierda), en *Uj Forum*, 18 de

lica, ya como votantes a los que hay que ganarse, se han convertido en objeto de los juegos de poder parlamentario del FDH y del ADL y de la manipulación del gobierno para prevenir huelgas y obtener provecho político.

El hecho es que, dada la estratificación ocupacional de Hungría y la extremada sensibilidad del público hacia la pérdida del empleo de cientos de miles de trabajadores semiespecializados y no cualificados, la actual representación, indirecta en el mejor de los casos, de los intereses de este sector de la sociedad, habitualmente pasivo políticamente, conlleva el peligro de una acción drástica por parte de estas víctimas designadas por la privatización y por las dramáticas reformas económicas (28). Los dispositivos de que dispone la Administración para combatir el fuego, como las Juntas *ad hoc* para la «reconciliación de intereses», y las negociaciones mano a mano entre las minas, empresas y servicios públicos afectados por la huelga y los Ministerios correspondientes, sólo contribuyen a institucionalizar la anarquía (29). Y los conflictos laborales, como la huelga nacional de transportes y el bloqueo de las carreteras del pasado mes de octubre, son lo último que las nuevas e inseguras elites políticas se pueden permitir en la actual etapa de la transición húngara hacia la democracia.

La «izquierda ausente» también representa un desafío para los partidos del Parlamento que quieren extender su substrato electoral entre los pobres y los segmentos del electorado políticamente inactivos. Todavía es pronto para decir si la actual estructura de partidos de Hungría será suficientemente elástica para acoger a todo este potencial de votantes insatisfechos o si surgirá una tercera agrupación política socialdemócrata para llenar el vacío que existe entre el polo político-ideológico nacional cristiano y el radical liberal. Mientras tanto, las elites viejas y las subsistentes tienen el campo libre para crear dificultades y sacar un rápido provecho político.

3. Transformación económica

De una u otra forma, el proceso presupuestario, la fijación de impuestos y la privatización de la tierra y de otros recursos afectan por igual a los ciu-

mayo de 1990. Véase también Z. BÁRÁNY: «The Fate of the Left», en RFE: *Report on Eastern Europe*, 7 septiembre 1990, págs. 15-18.

(28) Cfr. A. AGH: «A demokrácia helyzete» (La democracia hoy), en *Esti Hirlap*, 18 agosto 1990, y L. THOMA: «Prognózis az oszi robbanasra» (Previsión de explosiones para otoño), en *Népszabadság*, 11 agosto 1990.

(29) «Az Erdekegyeztető Tanács második ülése» (La segunda sesión del Consejo para la Reconciliación de Intereses), en *Beszélo*, 8 septiembre 1990, págs. 17-18.

dadanos y a las élites (30). El meollo político de la cuestión es que ni el gobierno ni la oposición, exceptuando a la Plataforma de privatización de la tierra de los Pequeños Propietarios, tienen un programa de reforma económica suficientemente específico que les haga responsables ante el electorado. Afirmaciones valientes pero ambiguas del tipo de «tras un período (no especificado) de dolorosos ajustes, todo irá bien» han servido como placebo político para que se efectúen con calma las peticiones de salarios más altos, inflación más baja y poco o ningún desempleo (31).

De entre la amplia gama de cuestiones que ocupan la escena de la política económica parémonos a considerar tres asuntos especialmente representativos: la privatización de empresas industriales, la privatización de los medios de comunicación impresos y las perspectivas de los pequeños empresarios en la Hungría de hoy.

La política de privatización industrial afecta a las tres élites. El gobierno quiere deshacerse de las empresas deficitarias o poco rentables vendiéndolas al sector privado, presumiblemente más eficaz. Con el término «presumiblemente» no se pretende cuestionar la inherente superioridad de la empresa privada sobre la dirección estatal, sino apuntar que, cuando se transfiere una empresa a manos privadas, inicialmente la eficacia se consigue mediante un recorte de los gastos generales, o sea, mediante el despido de una gran parte de la mano de obra. En cualquier caso, pasarle al sector privado la responsabilidad política por el recorte, muy necesario, de la mano de obra es uno de los motivos más importantes de este tipo de medidas (32).

El gobierno tiene un interés político en la identidad de los compradores de las empresas que actualmente están en poder del Estado. Aunque se desalientan los *leveraged buyouts* y las ventas a bajo precio de los activos por parte de los directores titulares (de la elite subsistente), sí son bienvenidas las filiales comunes con inversores occidentales. Es evidente que los inverso-

(30) Para una visión general de los dilemas económicos de Hungría, véase JÁNOS KORNAI: «Socialist Transformation and Privatization: Shifting from the Socialist System», en *East European Politics and Societies*, vol. 4, núm. 2, primavera de 1990, páginas 255-304. Para la posición oficial, véase M. MATOLCSY: «Az új gazdaságpolitika karaktere» (Las características de la nueva política económica), en *Magyar Nemzet*, 25 agosto 1990.

(31) «SZDSZ and Fidesz vélemény» (Opiniones del ADL y del AJD sobre el programa económico del gobierno), en *Figyelo*, 31 mayo 1990, pág. 5. Para una visión no partidista, véase «Mit tegyen es mit ne tegyen a kormány? A Hid csoport ajánlatai» (¿Qué debería y qué no debería hacer el gobierno? Recomendaciones del grupo Hid), en *Figyelo*, 17 mayo 1990, pág. 9.

(32) K. BOTOS, Secretario de Estado del Ministerio de Finanzas, lo niega en *Figyelo*, 7 junio 1990.

res extranjeros tienden a mantener a los actuales directores, como también es evidente el resentimiento popular hacia este proceso (33). Puesto que no se encuentran muchos compradores extranjeros para las oxidadas empresas húngaras, a menudo el Estado no tiene más remedio que cargar con ellas; de todas formas, para salvar lo posible el gobierno insiste en elegir a nuevos directores. Con un valor estimado de 32 billones de dólares, el interés por la futura dirección de las empresas húngaras es muy alto (34).

Como los trabajadores tienen miedo de los cambios drásticos en la dirección, a menudo reeligen al equipo titular del cargo, con la esperanza de que antes o después el Estado acabará echando un cable a la empresa enferma (35). Además del gobierno, el proceso de privatización implica también la participación de los viejos (o «renovados») sindicatos, de los gobiernos locales, de los diputados regionales en el Parlamento, de los medios de comunicación, hambrientos de escándalo, y de los grupos cívicos locales. También forman parte del proceso los poderes subsistentes de las nuevas elites en los ministerios, los bancos y la Agencia para los Activos del Estado. En resumen, el ambiente que rodea al proceso de privatización industrial se asemeja, en parte, al de un circo de tres pistas, con el drama humano de la gente que ve amenazado su sustento y una buena dosis de superchería entre bastidores por parte de las tres elites.

La privatización de los medios de comunicación impresa ha sido el asunto de política económica más comentado y a la vez políticamente más pasajero de la actual política de elites en Hungría. Se trata de una cuestión compleja, puesto que implica la disposición y el control editorial de los cinco diarios nacionales y veinte diarios regionales más importantes y de varios se-

(33) T. BENEDEK: «Kit veszélyeztetnek a vegyes vállalatok? (¿Quién se ve amenazado por las empresas conjuntas?), en *Figyelo*, 14 junio 1990, pág. 9, y J. BUDAI: «Rendszerváltás vagy elitváltás?» (¿Cambios en el sistema, o sólo de las elites?), en *Magyar Nemzet*, 30 julio 1990, y J. BUDAI: «Mi az új elit érdeke?» (¿Cuáles son los intereses de las nuevas elites?), en *Magyar Nemzet*, 18 agosto 1990.

(34) «Borsodi Mozaik» (El mosaico Borsod. Conferencia sobre las opciones de las empresas), en *Figyelo*, 21 junio 1990. Véase también *The New York Times*, 22 de mayo de 1990.

(35) De las 86 granjas estatales bajo la dirección de un consejo empresarial, 61 votaron la reelección de los directores generales en el cargo (*Heti Világgazdaság*, 29 de septiembre de 1990, pág. 9. Los resultados de las elecciones en las 31 empresas (de las 100 principales) bajo dirección empresarial se conocerán a finales de octubre de 1990. También en ese caso los actuales directores (altamente cualificados) cuentan con excelentes posibilidades de reelección. A propósito, véase «A-listázás» (Sobre la conservación del puesto), en *Heti Világgazdaság*, 18 agosto 1990, y A. HÁMOS: «Oszti nagyatkarítás?» (¿Limpieza de otoño?), en *Heti Világgazdaság*, 15 septiembre 1990, págs. 4-5.

manarios. Cada una de estas publicaciones tiene la capacidad de plasmar la opinión pública a favor o en contra del nuevo régimen y de su política. La mayoría de ellos había estado en poder o bajo el control del PSTH o de una de sus organizaciones de primera línea. Entre el otoño de 1989 y el verano de 1990 varios grupos de medios de comunicación occidentales descendieron sobre Hungría y compraron sustanciales participaciones minoritarias en todos los periódicos nacionales, menos en uno, y en varios periódicos regionales.

En algunos casos, el cambio de propietario enriqueció al «sucesor legal» del viejo partido comunista, el PSH, y, lo que es más importante, mantuvo en su puesto al equipo editorial que ocupaba el cargo. Así, casi sin darse cuenta, la privatización de los medios de comunicación con la participación de capital occidental contribuyó a fortalecer la posición de cientos de periodistas «subsistentes» en unos periódicos que controlan alrededor de un 75 por 100 del mercado. Por contraste, vale la pena señalar que la tirada *conjunta* de los periódicos *semanales* patrocinados por el FDH, el ADL, el PPP y el AJD equivale a menos de un tercio de la tirada *diaria* del *Népszabadság* socialista, ahora independiente, sucesor del viejo diario del PSTH del mismo nombre (36). El escaso apoyo con que cuentan las nuevas elites en los medios de comunicación se ve atenuado aún más por la incesante hostilidad (o por lo menos el escepticismo) de muchos columnistas clave contra el nuevo régimen, sus inexpertos legisladores y sus contradictorias medidas políticas (37).

El Gobierno Antall no está más satisfecho de los medios críticos de lo que lo están sus homólogos occidentales o soviéticos. En algunos casos, las «guerras de medios» han ocupado una cantidad desproporcionada de tiempo y de atención pública en los últimos cuatro meses (38). El interés es muy alto porque ni la oposición parlamentaria, en particular los Demócratas Libres, ni las viejas elites se han reconciliado con la victoria electoral de los partidos nacional-cristianos. Todavía se encuentran en la «actitud» electoral de buscar el descrédito y, si es posible, causar la caída del gobierno. Estas elites siguen viendo en los medios de comunicación más un arma política

(36) «Pártlapok - csak belső használatra» (Prensa de partido - sólo para circulación interna), en *Világ*, 12 julio 1990, pág. 28.

(37) Z. FARKAS: «Hadjelentes. Harcok a sajtó körül - adatok egy vitához» (Informe desde el frente. Guerras de prensa, el trasfondo de una disputa), en *Mozgo Világ*, julio 1990, págs. 12-31.

(38) E. CSIZMADIA: «A koalíció és a sajtó» (Los partidos de la coalición y la prensa), en *Magyar Hírlap*, 1 octubre 1990.

para anular los resultados de las últimas elecciones que un vehículo para promover un discurso razonable entre la gente, las elites y el régimen (39).

A diferencia de las cuestiones aparentemente intratables de la privatización de las industrias y de los medios de comunicación y del ambiguo papel que las elites viejas y las subsistentes han representado en dicho proceso, las elites de los pequeños empresarios de Hungría no tienen competidores políticos. En realidad, existe una correspondencia política perfecta entre la orientación de mercado del gobierno y las nuevas elites empresariales. Con toda seguridad, los 125.000 pequeños empresarios y el creciente número de profesionales que han empezado a prosperar recientemente van a tener impacto en la política nacional (40). El crecimiento exponencial de los recursos financieros controlados por los nuevos ricos destina claramente a la comunidad de negocios a tener un papel políticamente influyente en la década de los noventa.

El puñado de prósperos empresarios privados, de los que se dijo que habían contribuido con sumas significativas a las arcas para la campaña de los Demócratas Libres, podrían ser los heraldos de una nueva dirección en la política húngara. En 1989, el número de contribuyentes con unos ingresos brutos iguales o superiores a 500.000 Ft. (\$ 8.000) se multiplicó por cuatro respecto al año anterior, y los ingresos anuales de los diez mil contribuyentes máximos creció de 800.000 Ft. a un millón y medio de forints en el mismo período (41). Es posible que entre los máximos contribuyentes se encuentren muchos antiguos *apparatchiki* del partido comunista, altos funcionarios del ministerio, destacados directores de empresa (los «barones rojos») y sus hermanos del ámbito rural (los «barones verdes») (42). Es muy probable que su futura lealtad política se dirija al mejor postor, casi seguramente en el sentido *monetario* más que ideológico.

En resumen: el resultado de los actuales debates políticos sobre las modalidades de la transferencia a manos privadas de los abundantes recursos económicos del Estado va a pesar mucho en el futuro de la sociedad y de

(39) G. MIKLÓS TAMÁS: «Demokratikus illemszabályok» (Etiqueta democrática), en *Magyar Hírlap*, 10 agosto 1990, y L. BUZÁS: «Szabad sajtó?» (¿Prensa libre?), en *Magyar Nemzet*, 21 agosto 1990.

(40) I. SZELÉNYI: «Komprádorok, nomenklaturatokések, hispolgárok» (Inversores extranjeros, capitalistas de la *nomenklatura* y los pequeños burgueses), en *Népszabadság*, 21 agosto 1990, pág. 20.

(41) Cf. *Világgazdaság*, 21 julio 1990, y *Népszabadság*, 29 julio 1990.

(42) Los titulares de una tarjeta de crédito VISA en Hungría tienen que tener un saldo mínimo en el banco de \$ 3.000. A mediados de julio había en Hungría 2.200 personas con tarjetas VISA (*Magyar Vasárnap*, 29 julio 1990).

la política húngara. No hay duda de que, por virtud de su experiencia y de sus capacidades profesionales, y por encontrarse en «el lugar» adecuado, serán las elites —nuevas, viejas y subsistentes— las primeras beneficiarias del proceso de privatización en Hungría. Como indiscutidas dueñas de la propiedad (que es lo que son hoy día, por inacción del Estado la mayoría de las veces), más que administradoras de la misma, será esta nueva burguesía la que determine la forma de la política húngara en los próximos años. Puesto que el resultado a corto plazo de la lucha de las elites por repartirse la carcasa económica del viejo Estado partidista será lo que decida el futuro equilibrio del poder *político* en Hungría, los intereses en juego son enormemente altos, como también lo es hoy la intensidad de las luchas entre bastidores por la utilización, el control y la posesión de los recursos económicos del país.

4. *La «restauración moral»*

El problema de la restauración moral reside en encontrar de qué manera el nuevo régimen podrá superar el legado ideológico, moral y ético del gobierno comunista. En este área política los actores principales son los partidos en el Parlamento, los intelectuales (liberales, cristiano-nacionales y socialistas) y los líderes de la religión organizada, en particular los de la Iglesia católica.

De acuerdo con los encuestados en un sondeo realizado entre el 14 y el 21 de junio de 1990, la «transformación de las normas morales y éticas» en Hungría no es una preocupación prioritaria para la opinión pública. Sólo un 8 por 100 de la muestra encuestada pensaba que el asunto merecía ser mencionado como una «tarea del gobierno» (43). No obstante, a diferencia de la apática opinión pública, la coalición de gobierno está fuertemente comprometida con la restauración de los valores cristianos y nacionales en la vida pública. Tras la propuesta de revisión de los libros de historia en todas las escuelas, la propuesta del gobierno de introducir instrucción religiosa en los colegios públicos originó una tormenta política en Hungría.

Aunque el cardenal Lázló Páskai no ponía objeciones a que los padres pudieran decidir si matriculaban o no a sus hijos en las clases de religión, sí criticó la oposición de los Demócratas Libres a que se pusieran sacerdotes en los colegios, al pago de la instrucción religiosa con dinero de los presupuestos del colegio y a la inclusión de las notas obtenidas en las clases de religión

(43) *Magyar Hirlap*, 24 agosto 1990.

en el expediente oficial del alumno (44). Ante la insistencia de los Demócratas Libres y los Jóvenes Demócratas, el conocido diputado de la derecha radical Istvan Csurka intensificó la disputa al definir las tesis de los demócratas liberales como «filosofías materialistas», igual que las del desacreditado Partido-Estado comunista (45).

Enfrentamientos similares, aunque más moderados, entre los defensores de la «libre elección» y del «derecho a la vida», a propósito de una propuesta de cambio en la política del gobierno de sufragar los costes del aborto bajo solicitud, contribuyeron a concentrar la atención pública sobre la actual desintegración de los valores de la familia en Hungría (46). Desde finales de los sesenta se han realizado en Hungría cuatro millones y medio de abortos. En los últimos diez años la población ha descendido en 350.000 personas, de 10.720.000 a 10.370.000. La «aritmética moral» de estas sorprendentes cifras todavía tiene que llegar a la conciencia política del público húngaro.

Todas las elites parecen estar de acuerdo en que la sociedad se encuentra en la imperiosa necesidad de restaurar las virtudes cívicas y construir un nuevo consenso social para la defensa de un alto nivel de rectitud moral. El punto en cuestión es el *precedente histórico*, al que la nación debería volverse en su búsqueda de nuevos objetivos éticos. Las alternativas que existen son o la época anterior a la guerra o el espejismo de una sociedad civil de estilo occidental. La última podría ser una opción futura, y, por consiguiente, lo que hay, por lo menos según lo ve la coalición de gobierno, es el resurgimiento selectivo de aquellos valores «tradicionales» de conducta pública y privada que resultan aceptables para la actual clase media húngara.

Nadie sabe qué es lo que la nueva clase media húngara está preparada para aceptar del pasado. El «socialismo», en cualquiera de sus formas, queda eliminado, y el nacionalismo puro es inaceptable para los Demócratas Libres, los Jóvenes Demócratas y los votantes socialistas. Por otra parte, los valores de una «sociedad civil centroeuropea», todavía en embrión, son vis-

(44) L. PÁSKAI: «Válasz az SZDSZ torvényjavaslatára» (Respuesta a la iniciativa del ADL), en *Uj Ember*, 29 julio 1990. Véase también «Isten óvjon a kotelezo hitoktatástól» (Dios nos salve del estudio obligatorio de la religión), en *Világ*, 21 junio 1990, págs. 18-19.

(45) «Hitler létrejöttében nem csak Hitler a bunos» (Hitler no fue la única parte culpable de que se convirtiera en Hitler. Entrevista a Istvan Csurka), en *Pesti Kurir*, 8 agosto 1990.

(46) G. BÁNSÁGI: «A nok vedelmében» (En defensa de las mujeres), en *Képes* 7, 16 julio 1990. Para las opiniones públicas sobre el aborto, véase «A többség szerint: az abortusz emberi jog» (De acuerdo con la mayoría, el aborto es un derecho humano), en *Magyar Hírlap*, 26 julio 1990. Véase también L. MORK: «Inrauterin beke» (Paz intrauterina), en *Világ*, 14 junio 1990, pág. 18.

tos con escepticismo, como ajenos, no húngaros y, sobre todo, demasiado materialistas por los partidarios nacional-cristianos del gobierno de coalición. Una de las partes habla de Béla Kun, Mátyás Rákosi y del ateísmo estalinista (y, en realidad, se refiere a los judíos), y la otra habla de la época Horthy de los grandes terratenientes, de los despiadados gendarmes rurales y de irredentismo fútil (pero en realidad se refiere a la gente de la Hungría rural, al nacionalismo cultural y a la ambigüedad tradicionalista hacia los valores materialistas de Occidente). Sin lugar a dudas existe un «centro» muy grande, silencioso y bastante desorientado que está buscando a tientas un nuevo tipo de identidad que sea a la vez «europea» y «húngara». Pero la voz de ese «centro» todavía no se ha escuchado en Hungría (47).

En conclusión, la gente y las elites están inquietas y los ánimos están crispados. Desde el montón de basura de las mentiras, los fraudes y los niveles de decencia gravemente erosionados del viejo régimen, las nuevas elites están intentando forjar un consenso para establecer nuevas normas de conducta pública y privada, a la vez seculares y religiosas. Es un proceso traicionero, ya que obliga a las elites que actúan en esta escena política a «ideologizar» sus preocupaciones, en ocasiones con resultados políticamente desestabilizadores.

5. *Justicia política*

Cuatro meses después de las elecciones libres que llevaron al poder al nuevo régimen, el sentido de justicia política de los húngaros aún no está satisfecho. De hecho, la mayoría (el 51 por 100) de los encuestados en un sondeo efectuado en agosto de 1990 dijo que en sus comunidades aún no se había producido el cambio del sistema (48). Al público aún no le han rendido plena cuenta los que fueron responsables de las humillaciones, las privaciones y el sufrimiento que fueron infligidos a la nación en las cuatro décadas pasadas. En una encuesta anterior, el 44 por 100 de las personas mencionó la cuestión de pedir cuentas a los responsables de la «crisis actual», aunque en un sondeo posterior sólo el 5 por 100 pensaba que ésa era la «tarea más importante» del nuevo gobierno (49).

Un tercer sondeo reveló que la responsabilidad de los problemas de Hungría era, según una escala de seis puntos (1 = «más responsable», 6 = «menos responsable»), de los anteriores dirigentes del PSTH (1,64), la URSS

(47) Cfr. L. LENGYEL: «Vissza a harmincas évekbe?» (De vuelta a los años treinta), en *Magyar Hírlap*, 11 agosto 1990.

(48) *Magyar Nemzet*, 22 septiembre 1990.

(49) *Magyar Hírlap*, 18 junio 1990.

(2,93), los directores de las empresas (3,03), anteriores miembros del PSTH (4), los «vagos y los gandules» (5,19), y los bancos y las instituciones de crédito occidentales (5,65). No obstante, en cuanto al castigo de los culpables, sólo el 17 por 100 pedía el encarcelamiento, y el 65 por 100, la confiscación de los bienes obtenidos fraudulentamente (50).

La batalla de la justicia política se podría comparar con un campo de minas en el que *todas* las elites tienen miedo de pisar. Con esto quiero indicar que todas las elites actuales son vulnerables frente a la acusación de haber cooperado, o por lo menos de haber mantenido buenas relaciones con el viejo régimen (51). De hecho, en el grado en que el nombramiento de cualquier puesto ejecutivo de nivel medio o superior caía bajo la jurisdicción de la *nomenklatura* del partido comunista, el 85 por 100 de las nuevas elites parlamentarias, incluyendo a todos los miembros del gobierno, salvo tal vez uno o dos, se encontraba en sus puestos, antes de 1989, con la aprobación del viejo régimen (52).

Puesto que los húngaros, obviamente, no desean responder con la misma moneda a los pasados derramamientos de sangre, ni tampoco están demasiado interesados en encarcelar a las viejas elites, ¿qué tipo de justicia es la que están pidiendo? La respuesta, para tranquilidad de los interesados, es la de una justicia simbólica y, si la ley lo garantiza, una compensación económica. La lista de quejas es muy larga. La satisfacción de algunas de ellas, como la total rehabilitación de los militares ejecutados en 1957 por su participación en la revolución de 1956 en las filas de los insurrectos, era un honorable deber del nuevo gobierno. Soldados rasos fueron ascendidos póstumamente a comandantes, comandantes a generales, y las viudas y los hijos supervivientes de los mártires reciben una pensión completa. Decenas de miles de personas encarceladas por sus creencias políticas están recibiendo una compensación por los años de cárcel con sus pensiones de jubilación. Pero ¿qué hay de los más de un millón de casos demostrables de persecución, confiscación ilegal de bienes (incluyendo las tierras de más de un millón de pequeños granjeros), pérdida del trabajo, acoso oficial, no admisión de jóvenes en las universidades y el resto del repertorio de injusticias infligidas a dos generaciones de húngaros desde 1949? (53). El nuevo Comité Nacional

(50) *Magyar Hirlap*, 31 agosto 1990.

(51) A. DOMÁNY: «Három boríték» (Tres sobres), en *Népszabadság*, 18 de agosto de 1990.

(52) Cfr. TOKÉS: *Hungary's new political elites...*, ob. cit. Parte 3: «The old elites» (Las viejas elites).

(53) «Es ön hol kap kárpotlást. Dokumentalhatatlan sérelmek» (¿Y dónde le van

de Quejas acaba de abrir sus oficinas, y probablemente tendrá trabajo durante muchos años.

La Constitución húngara define el Estado como un Estado de Derecho (*Rechtsstaat*). Pero no es fácil poner en práctica este principio. Mientras que los funcionarios que a principios de los ochenta dieron refugio al famoso terrorista Carlos podrían ser procesados por su delito, el juez que, siguiendo instrucciones políticas, mandó a la horca a Imre Nagy y a los demás acusados vive imperturbable (54). Lo mismo ocurre con los numerosos miembros de la Guardia Obrera que en 1956-57 colgaron a presuntos revolucionarios sin concederles el beneficio de un abogado o un juez. Y ¿qué hay de los 16.500 agentes clandestinos del viejo Departamento III/III del Ministerio del Interior y de sus 60.000 informadores contratados, cuyos nombres son conocidos por las autoridades o están disponibles en archivos celosamente guardados? (55). ¿Y los numerosos colaboradores húngaros del KGB en el gobierno, el ejército, la policía y el servicio diplomático? ¿Deberían, como sensatamente sugirieron los Demócratas Libres, darse a conocer a las autoridades voluntariamente, no admitir nada y ser amnistiados a cambio? (56).

En cualquier caso, lo que las elites están más ansiosas por llevar a cabo es satisfacer la demanda popular de justicia y despojar a las viejas elites de sus lujosos chalés y apartamentos, de sus beneficios especiales, como el acceso privilegiado a los hospitales mejor equipados, y de sus extravagantes pensiones. Las ganancias ilegales derivadas de robos, desfalcos, dudosas transacciones de bienes raíces y sobornos relacionados con la privatización por parte de inversores occidentales y otros beneficios económicos semejantes de las viejas elites todavía no han sido investigados por los fiscales del Estado, que ya están sobrecargados de trabajo.

El «Plan de Justicia» del FDH tiene como objetivo muchos de estos asuntos y reclama la intervención en muchas nuevas cuestiones que resultan controvertidas, por no usar otra palabra. Por ejemplo, no está muy claro si la propuesta de limitar los salarios de los altos ejecutivos daría paso a la «justicia» o si simplemente llevaría a los directores competentes del sector estatal al sector privado (57). Por otra parte, la confiscación de los bienes ilegalmente adquiridos por el PSTH, la Liga de Jóvenes Comunistas, la Federación de

a dar una compensación? Quejas indocumentables», en *168 Ora*, 10 julio 1990, páginas 4-5.

(54) Cfr. *Magyar Nemzet*, 27 junio 1990.

(55) «Nincs teljes lista» (No hay una lista completa), en *Népszabadság*, 4 septiembre 1990.

(56) *Magyar Nemzet*, 5 septiembre 1990.

(57) Texto en *Népszabadság*, 28 agosto 1990.

Sindicatos, el Frente Patriótico Popular, la Sociedad de Amistad Húngaro-Soviética y la Guardia Obrera, y de las instalaciones abandonadas por el ejército y las fuerzas aéreas soviéticas y las de las organizaciones paramilitares del Ministerio de Defensa, para su redistribución a los gobiernos locales, parece una idea sensata, a la que sólo las viejas elites podrían oponerse (58).

En cualquier caso, debido al deterioro de las condiciones económicas y de las recientes amnistías concedidas a muchos delincuentes comunes, en Hungría hay una creciente ola de delincuencia. Al gobierno le corresponde decidir el uso de la desmoralizada policía para perseguir a los viejos o a los nuevos maleantes, porque no hay ni dinero ni recursos humanos suficientes para hacer las dos cosas.

6. *Justicia social*

La «economía social de mercado» (*Soziale Marktwirtschaft*) es el concepto de política económica que el gobierno ha adoptado para señalar su compromiso con la empresa privada y el bienestar de sus ciudadanos (59). Dada la escasez de recursos, la elevada deuda externa del país, la inflación del 30 por 100, la desastrosa cosecha de 1990 y ahora la imprevista carga que supone la multiplicación por dos del precio de la energía, el gobierno puede seguir apostando por la economía de mercado o mirar por el bien de los ciudadanos, pero no puede hacer las dos cosas a la vez.

Probablemente sea demasiado pronto para presentar un marcador con los «vencedores» y los «perdedores» socioeconómicos del cambio de sistema político en Hungría. Según el sociólogo húngaro Tamás Kolosi, la caída del viejo régimen contribuyó a minar la seguridad económica de unas 300.000 familias, pero contribuyó a mejorar las perspectivas de otras 150.000 (60). Uno sospecha que ambas cifras se refieren a la clase media, o clase media baja (¿«sub-elites subsistentes»?), más que a los pobres de Hungría. Estos últimos, es decir, aquellos que viven por debajo de los niveles mínimos, respectivamente, «existenciales» y «sociales» de pobreza suman unos dos millones de personas, lo que equivale a un 20 por 100 de la población.

(58) *Népszabadság*, 2 agosto 1990. Para el establecimiento de la Comisión para la Investigación de los Beneficios Ilegales, véase *Magyar Közlöny*, 30 agosto 1990, página 1767.

(59) P. MIHÁLYI: «Szociális piacgazdaság. Hogy mit is jelent, azt senki sem tudja» (Economía social de mercado. En cuanto a su significado, nadie lo conoce), en *Figyelo*, 17 mayo 1990, pág. 30.

(60) *Heti Világgazdaság*, 6 septiembre 1990, pág. 74.

Las nuevas elites están profundamente preocupadas por el problema, pero, dicho sea en su honor, han prescindido de soluciones demagógicas como podrían ser unos programas de urgencia preparados precipitadamente para ayudar a los pobres mediante la expropiación masiva de los bienes de las viejas elites. En efecto, hay constancia de que incluso los diputados socialistas, de los que uno podría esperarse que intentaran sacar provecho de la situación, son partidarios de un enfoque gradual de la cuestión. Como lo expresó Imre Pozsgay, anterior líder del comité directivo del HSP, en el pasado mes de marzo, «el Partido Socialista Húngaro no va a ser el partido de los pobres y los parados» (61).

Los principales actores de esta batalla política son, además del Ministerio del Bienestar, los partidos extraparlamentarios de izquierda, los viejos sindicatos (los nuevos defienden principalmente los intereses de empleados de cuello blanco), los gobiernos locales y las iglesias. De éstos, la Federación de Sindicatos era el canal a través del cual el Partido-Estado proporcionaba vacaciones subvencionadas, préstamos para la vivienda a bajo interés y trabajos descansados pero bien pagados para todo el que se mereciera tal consideración. Los sindicatos también controlaban puntos de veraneo, «Casas de Cultura» y diversas instalaciones de recreo. En otras palabras: la FS hacía muchas cosas, salvo representar los intereses de sus afiliados en los lugares de trabajo. Con activos de más de 4 billones de forint y un fondo de pensiones todavía sin justificar de más de 10 billones, los activos de la FS son un objetivo legítimo para aquellos que pueden hacer una labor mejor en favor de los empleados, los pensionistas y los enfermos. Los activos de la ya difunta Liga de Jóvenes Comunistas y de los Jóvenes Pioneros también están expuestos a esta clase de reclamaciones.

De entre los distintos actores políticos, los gobiernos locales, las organizaciones de voluntarios y las iglesias son los que están mejor equipados para enfrentarse a los acuciantes problemas de bienestar de la Hungría de hoy. Puesto que la transferencia de activos y otros recursos de las viejas y desacreditadas organizaciones y del Estado a estas nuevas entidades requiere una legislación que lo haga posible, los pobres, los ancianos, los enfermos y los sin hogar tendrán que esperar su turno. No hay marchas del hambre en proyecto, pero la apremiante situación de las miles de personas a quienes les han cortado la electricidad o la calefacción por no haber pagado los recibos, o que están al borde del desahucio por haberse retrasado con la renta, aguarda una pronta solución (62).

(61) Charla en el Club Kossuth (Budapest), 30 marzo 1990.

(62) Z. SZEMANN: «Öregék és éhezők» (Son viejos y tienen hambre), en *Figyelo*, 24 mayo 1990, pág. 5. Véase también señora S. SZABÓ: «A lakossági jövedelmek

Lo más doloroso de todo esto es que los pobres ya no son noticia. Al contrario, el asunto se ha convertido en un elemento de poco valor en la mesa de negociaciones en la política de elites de Hungría. Por ejemplo, el Parlamento destinó una suma de 22,4 millones de forint para el cuarto trimestre de 1990 para subvencionar a 27 «asociaciones sociales». De ellas, sólo 11 tenían algo que ver con los problemas de bienestar social (63). Esta suma representa alrededor de una centésima parte de lo que haría falta durante tres meses para hacer mella en el problema.

7. Autogobierno

Las elecciones para los gobiernos locales, que se celebraron en dos vueltas el 30 de septiembre y el 14 de octubre de 1990, han sido un hito importante, aunque no decisivo, en la transición de Hungría hacia la democracia. El punto en cuestión es lo que las nuevas elites llaman la «recuperación» de la autonomía local y de los poderes de autogobierno por parte de los ciudadanos de Hungría. La triste realidad es que, con la excepción de las municipalidades más importantes antes de la Segunda Guerra Mundial, ni los pueblos, ni las pequeñas poblaciones, ni las ciudades de Hungría han tenido nunca una autonomía fiscal o política sustancial (64). Tradicionalmente, siempre habían sido Budapest y los cargos administrativos de los condados los que controlaban el dinero y los que decidían el nombramiento u organizaban la elección de los titulares de cargos en la Administración pública a todos los niveles. Si algo han conseguido el legado del centralismo comunista y la prolongada permanencia de déspotas locales del partido ha sido erosionar aún más las aspiraciones locales de autogobierno.

Sobre este trasfondo, ahora podremos identificar cuáles son los actores y los intereses en juego en esta escena política. De las largas discusiones parlamentarias sobre la cuestión parece desprenderse que las nuevas elites están tremendamente ansiosas por escapar a su aislamiento en la «cumbre», es decir, en el nivel nacional, y por echar sus anclas políticas en tantas comunidades como sea posible (65). Los dos principales adversarios (y tal vez

várhato alakulása» (Cambios previstos en los ingresos), en *Figyelo*, 14 junio 1990, pág. 6.

(63) *Beszélo*, 22 septiembre 1990, pág. 9.

(64) L. HOVANYECZ: «Beszélgetes Gombár Csabával» (Entrevista con Csaba Gombár), en *Népszabadság*, 6 junio 1990.

(65) Sobre esto véase el registro de las deliberaciones parlamentarias «sobre la modificación de la Constitución y la Ley de Gobiernos Locales» en el Parlamento

socios potenciales) de las nuevas elites son las decenas de miles de elites subsistentes bien asentadas en los gobiernos locales. Los miedos y las sospechas del ámbito rural hacia los cambios que las nuevas elites podrían introducir en los pueblos de Hungría representan otro obstáculo para un cambio rápido. En efecto, según los sondeos preelectorales, el 54,6 por 100 de las personas que viven en pequeñas poblaciones volvería a elegir a los concejales actuales, y el 48,5 por 100 haría lo mismo con el actual presidente (y futuro alcalde) del gobierno municipal (66). La situación es algo distinta en Budapest y en las demás ciudades, donde un 40,5 por 100 (contra el 35 por 100) y un 40,9 por 100 (contra el 38,7 por 100) de los encuestados afirmó su deseo de *reemplazar* (o de retener) a los actuales concejales de la ciudad (67).

En lo que se refiere a la política local, el partidismo y las siglas de los partidos parecen resultarles bastante ajenos a los votantes rurales. En 2.758 pueblos, en los que por lo menos el 40 por 100 de las personas con derecho a voto acudieron a las urnas el 30 de septiembre, el 82,9 por 100 de los alcaldes elegidos fueron independientes, seguidos por un 3,8 por 100 (!) que salió de las listas de los Pequeños Propietarios (68). A los partidos sólo les fue bien en Budapest y en las grandes ciudades, donde acabaron por delante de los independientes en la primera vuelta. En datos concretos: 42 partidos, 647 organizaciones sociales, 12 minorías étnicas y 447 alianzas locales *ad hoc* presentaron un total de 69.000 candidatos para 27.462 puestos de alcaldes y concejales en toda Hungría (69).

De acuerdo con los resultados finales oficiales del 6 de noviembre de 1990, el número de votantes fue del 40,16 por 100 en la primera vuelta y del 28,94 en la segunda. Los «independientes» (de los que por lo menos el 80 por 100 está constituido por elites viejas o subsistentes) barrieron totalmente en ambas vueltas en el área rural. Este resultado fue una derrota contundente para *todos* los partidos nuevos, apenas cinco meses después de las

húngaro, en *Actas*, Sesión extraordinaria de verano, 8.º día, 9 julio, cols. 1355-1441; 11.º día, 16 julio, cols. 1625-1713; 14.º día, 23 julio, cols. 1888-1925; 15.º día, 24 julio, cols. 1939-1974; 17.º día, 30 julio, cols. 2100-2105 y 2108-2122. Véase también «Helyhatóság '90» (Gobierno local, 1990), suplemento especial de *Magyar Nemzet*, 24 de septiembre de 1990.

(66) *Heti Világgazdaság*, 22 septiembre 1990, pág. 5.

(67) *Ibidem*.

(68) *Népszabadság*, 2 octubre 1990.

(69) *Népszabadság*, 21 septiembre 1990. Para los resultados oficiales de las elecciones de los gobiernos locales de septiembre-octubre 1990, véase FBIS: *Daily Report*, EEU-90-216, 7 noviembre 1990, págs. 36-37.

elecciones nacionales. Las viejas elites parecen haber experimentado una parcial rehabilitación política. De los nuevos partidos, los Jóvenes Demócratas lo hicieron muy bien, aunque la ADL ha consolidado su posición en toda Hungría, especialmente en las ciudades más grandes. Gabor Demszky, un joven y conocido miembro de la ejecutiva de la ADL, es el nuevo alcalde de Budapest, un notable cambio desde abril, cuando el FDH ocupó 18 de los 24 escaños parlamentarios de la capital.

El resultado de las elecciones de los gobiernos locales resulta paradójico porque refuta la creencia largamente arraigada de que en Hungría los votantes locales tienden a apoyar a los candidatos respaldados por un partido que supuestamente tiene acceso a personas con responsabilidades en el gobierno nacional y, por tanto, pueden hacer un mejor trabajo para presionar en pro de los asuntos locales. ¿A quién recurrirán en los Ministerios de Budapest los alcaldes «independientes», los de la ADL y de la AJD para conseguir carreteras asfaltadas y nuevas escuelas y hospitales? Esta también es una de las incertidumbres de la democracia.

A nivel ciudadano, los intereses, y, por tanto, los niveles de partidismo, son mucho mayores que en los pueblos. En una ciudad húngara estándar hay decenas de edificios que anteriormente estuvieron ocupados por el PSTH o por una de sus organizaciones controladas, todo tipo de instalaciones estatales, incluyendo el excedente de terrenos y edificios militares y muchas otras clases de restos del antiguo régimen. Inmediatamente después del resultado de «quien se va a quedar con qué y cómo» de los activos del Estado vienen cuestiones como los servicios municipales, las escuelas, la salud y las instalaciones culturales, que están sometidas a fieras contiendas políticas a nivel local (70).

Para poner las cosas en perspectiva hay que tener en cuenta que el verdadero grado de autonomía local estará determinado por la cantidad de ingresos *de impuestos locales* que la comunidad esté autorizada a conservar fuera de las manos del gobierno de Budapest. Dada la difícil situación económica del país, las perspectivas de una verdadera autonomía local en lo fiscal no parecen muy prometedoras para el futuro próximo. Probablemente esto resulte especialmente cierto para las ciudades que han caído bajo el control de «independientes» o de alguno de los partidos de oposición. Los cargos recientemente creados de ocho «comisarios republicanos» vigilarán

(70) Z. Acc: «Hogyan lesz az állami tulajdonból onkormányzati tulajdon?» (¿Cómo se va a convertir la propiedad del Estado en propiedad del gobierno local?), en *Magyar Közigazgatás*, mayo 1990, págs. 385-400.

la Administración pública de otras tantas regiones de Hungría. Esta parece ser otra salvaguardia para la protección de las prerrogativas de Budapest sobre las comunidades locales (71).

8. «El lugar de Hungría en el mundo»

Además de la cesión pacífica del poder, el temprano inicio de una política exterior independiente fue otro «regalo» que las viejas elites hicieron a los líderes de la Hungría democrática. La búsqueda de una política exterior cuasi-autónoma, o por lo menos basada en el interés nacional, ya había comenzado con Kádár. El secretario de Asuntos Exteriores del PSTH, Mátyás Szurös, y los anteriores primeros ministros Károly Grósz y Miklós Németh intentaron contribuir, cada uno a su manera, a la realización de este tipo de política (72). El paso decisivo se produjo en agosto-septiembre de 1989, cuando el ministro de Asuntos Exteriores, Gyula Horn, y el *premier*, Miklós Németh, rompieron con la RDA y autorizaron la salida de turistas de la Alemania del Este hacia Occidente a través de Hungría.

La contribución de las nuevas elites a la futura política exterior de Hungría ha tenido tres frentes. El Foro Demócrata contribuyó a movilizar a la nación para responder a la crítica situación de las minorías étnicas húngaras en la Rumania de Ceaucescu y en la Checoslovaquia de Jakes. Los Jóvenes Demócratas, y en especial su líder, Viktor Orbán, fueron los primeros en formular la demanda de «¡fuera con los rusos!»», y los Demócratas Libres, y especialmente su líder, Janos Kis, fueron los primeros en promover la idea de una cooperación activa entre los activistas de derechos humanos de Hungría, Checoslovaquia, Polonia y Alemania del Este.

Estos acontecimientos, que sirvieron de trasfondo a la independencia de Hungría en 1990, contribuyeron a modelar los fundamentos de un consenso de todos los partidos sobre las prioridades de la política económica y definieron los temas de este campo de la política de elites. Hasta donde la po-

(71) Para las leyes aplicables sobre autogobierno local (Ley LXV, 1990) y los comisarios republicanos (decisión parlamentaria núm. 66/1990), véase *Magyar Közlöny*, 14 agosto 1990, págs. 1637-1664.

(72) S. KOPÁTSY: «Egy siker bukása» (El fracaso del éxito), en *Népszabadság*, 26 mayo 1990; L. ABLONCZY: «Most is aggódom. Beszélgetés Szüros Mátyással» (Todavía estoy preocupado. Entrevista con Matyas Szuros), en *Tiszatáj*, junio 1990, páginas 74-94. Véase también «2 + 2 monologue» (El monólogo 2 + 2. El encuentro de Károly Grosz con Nicolae Ceaucescu en Arad el 25 de agosto de 1988), en *Tiszatáj*, junio 1990, págs. 96-110.

demos reconstruir con las declaraciones oficiales y los debates parlamentarios, la política exterior del Gobierno Antall tiene tres componentes, que son: *a)* una marcada orientación «europeo-atlántica», con particular énfasis en la relación especial que Hungría mantiene con la República Federal de Alemania; *b)* una enérgica afirmación de la nueva identidad de Hungría en la región, con énfasis en la misión de promover y proteger los derechos humanos y la autonomía lingüística y cultural de las minorías étnicas húngaras en Rumania, Eslovaquia, Yugoslavia y Ucrania occidental, y *c)* una redefinición de los vínculos de Hungría y la búsqueda de una nueva forma de asociación con la Unión Soviética y de retirada de la Organización del Pacto de Varsovia (OPV) y del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).

Las viejas elites, exceptuando a algunos lentos en aprender [como Gyula Thürmer, del Partido de los Trabajadores (PSTH), que todavía corre a Moscú a quejarse con la prensa soviética del Gobierno Antall], no tienen muchos problemas para adaptarse a las nuevas prioridades de la política exterior. El anterior ministro de Exteriores Gyula Horn (diputado por el HSP y presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Parlamento), aunque a veces pone objeciones a las declaraciones del ministro de Exteriores, Géza Jeszenszky, sobre política exterior, está de acuerdo en lo que se refiere a los puntos esenciales.

La política exterior del gobierno ha recibido críticas sustanciales principalmente de parte de los Demócratas Libres. A pesar de que sus comentarios, en contra de lo habitual, resultan superficiales, el principal partido de la oposición ha estado preocupado por tres cuestiones. La primera son los vínculos particularmente estrechos del primer ministro, Jozsef Antall, con Alemania y el canciller Kohl. En opinión de Gáspár Miklós Tamás, filósofo-geoestratega de los Demócratas Libres, la «inclinación alemana» de Hungría podría poner en peligro la confianza de los EE. UU. en el país. En palabras de Tamás, el verdadero interés de Alemania reside en una alianza con la Unión Soviética como copropietarios de las partes centroeuropeas de la casa común europea (73).

La segunda es la preocupación de los Demócratas Libres por la forma en que el Gobierno Antall defiende los derechos étnicos de los húngaros en la región. Los Demócratas Libres sostienen que las declaraciones del primer ministro podrían ser interpretadas desde el exterior como una recaída de Hungría en la política de irredentismo anterior a la guerra. Esta preocupa-

(73) G. MIKLÓS TAMÁS: «Csak száz nap a világ...» (Sobre la política exterior del Gobierno Antall), en *Beszédo*, 15 septiembre 1990, págs. 4-6.

ción, aunque de forma más moderada, también es compartida por el presidente, Árpád Göncz. Aunque presumiblemente no mantiene una posición partidista y sus responsabilidades constitucionales no incluyen el derecho a defender una política exterior propia (o de la ADL, de la que es miembro), el presidente Göncz está en línea con unas opiniones políticas que no parecen coincidir con las del gobierno (74).

La tercera cuestión en la disputa sobre política exterior entre la ADL y el FDH concierne a la seguridad militar y a la posición de Hungría en la región tras su separación de la OPV a finales de 1990. Todo empezó en julio de 1990 en la revista *Beszélo*, semanario de la ADL, cuando un experto militar, actualmente principal consejero militar del presidente Göncz, se enfrentó a los expertos militares del FDH criticando el concepto de «defensa circular» que atribuía al nuevo gobierno (75). La disputa trataba aparentemente sobre la suficiencia de la preparación militar de Hungría tras la firma del acuerdo Este-Oeste de reducción de las fuerzas convencionales, pero tras esto se escondía el problema de la planificación de los contingentes en caso de un ataque sorpresa de Rumanía. Aunque se trata de una situación suficientemente real, los argumentos a favor y en contra carecían sorprendentemente de información sobre el contexto político internacional más amplio, especialmente respecto a las superpotencias, en el que podrían producirse en el futuro posibles conflictos regionales (76).

En resumen, las nuevas elites húngaras tienen todas las razones para sentirse inseguras en las aguas inexploradas de las relaciones internacionales del mundo postcomunista. Están buscando un lugar seguro para Hungría en lo que había sido la tierra de nadie entre Rusia y Europa occidental. La respuesta al dilema de Hungría podría reposar entre los lazos con Europa, la «coexistencia pacífica» con los vecinos centroeuropeos y unas relaciones muy correctas con Moscú y con los futuros Estados soberanos de lo que solía ser la Unión Soviética.

(74) En su discurso del 23 de septiembre de 1990, el primer ministro Jozsef Antall recordó a todos los interesados que «son el gobierno y el primer ministro quienes hablan en nombre de la política exterior de Hungría» (*Népszabadság*, 24 sept. 1990).

(75) R. PICK: «Korkörös védtelenség» (Falta de defensa circular), en *Beszélo*, 14 julio 1990, págs. 4-6.

(76) El resto del debate apareció en *Beszélo* el 21 de julio (págs. 22-23), 28 julio (págs. 23-25), 4 agosto (págs. 21-24) y 11 agosto 1990 (págs. 23-26).

IV. CONCLUSIONES

El cierre de las votaciones el 14 de octubre de 1990 marcó el final de la transformación política de Hungría a nivel popular de autogobierno local. Aunque ha sido la primera entre las democracias de la Europa centro-oriental en haber completado el largo y tortuoso camino del cambio institucional y la rotación de las elites, en Hungría no habrá celebraciones. El pueblo está exhausto y el régimen está tremendamente presionado para conseguir milagros. Así que, dadas las circunstancias, el gobierno debe de estar muy tentado de colgar un cartel a las puertas del Parlamento que diga: «Por inventario de fin de régimen, el Estado está cerrado.» Pero, a pesar de todo, los negocios del país tienen que seguir.

El nuevo régimen, tal y como Antall se esmeró en señalar, ha elegido «gobernar» antes que «dirigir» (77). Es la forma correcta de abordar el problema, si bien hay pruebas evidentes de que en este momento la gente preferiría ser dirigida antes que ser gobernada y tener que enfrentarse a la angustia de tomar una decisión propia sobre cómo adaptarse al nuevo mundo de la democracia política y de la economía de mercado en Hungría. Los dilemas de las elites no difieren de los del resto. La principal diferencia entre ambos es que las primeras, lo admitan o no, forman parte de la estructura de poder y, como tales, tienen un interés directo en los resultados del proceso de transición.

Como señaló Ralf Dahrendorf, «el camino hacia la libertad es una carrera contra reloj». En efecto, el tiempo es esencial en Hungría, y ésa es una razón más para mantener el Estado, la Asamblea Legislativa, los partidos y las organizaciones de las tres elites «en horario de trabajo», veinticuatro horas al día si es posible.

Existen tres obstáculos principales para el progreso continuado y la estabilidad política en la Hungría postcomunista, que son: *a)* el desafío de la transformación económica y del manejo de sus consecuencias sociales; *b)* la carga que suponen las esperanzas del público en una satisfacción inmediata del sentido popular de justicia política y de restauración moral, y *c)* el problema de la «falta de acoplamiento» entre la actual estructura partidista y los ciudadanos húngaros, votantes y no votantes, sin representación política.

a) En términos de economía política, el gobierno húngaro ha estado intentando caminar sobre la nieve sin dejar huellas. La privatización y la

(77) Antall, *Ministers Interviewed...*, ob. cit.

adopción de una economía de mercado son esenciales para llevar a la economía a un nivel de capacidad que le permita proveer el crecimiento, el empleo y los recursos necesarios para proteger a las víctimas de las inaceptables consecuencias sociales de la transformación económica. La privatización de la tierra, a pesar de la forma en que los Pequeños Propietarios han expurgado este objetivo político, producirá tanto ganadores como perdedores, y lo mismo ocurrirá con la transferencia de las industrias (*según* los Demócratas Libres) a las manos nada piadosas de los directores subsistentes y de sus silenciosos socios occidentales.

El proceso, según una expresión muy usada, será «doloroso», pero mucho menos doloroso de lo que serían las inevitables consecuencias de una economía desbocada debido a la parálisis de la voluntad política en el gobierno, como ocurre en Yugoslavia y en Polonia (1988-1989). Así que hay que «venderle» a la gente la necesidad de tragarse la amarga medicina del desempleo, del descenso de los salarios reales e incluso de las tragedias humanas. El pueblo no confía en las viejas elites y es escéptico respecto a las subsistentes, pero, como último recurso, todavía espera una respuesta honesta y decente de los intelectuales y de las nuevas elites. Por tanto, por muy racionales y humanas que puedan ser las propuestas del gobierno, deben contar con el respaldo de las nuevas elites y de los intelectuales. Los literatos y otros supuestos expertos en «politología subjetiva» todavía están tirando a ciegas contra los poderes existentes, y es de temer que nada, salvo un desastre inminente, pueda hacer entrar en razón a estos presuntuosos «guardianes de la conciencia de la nación». La huelga de tres días a nivel nacional de taxistas y camioneros, que llevó a Hungría a la paralización, tal vez haya sido el acontecimiento que las elites políticas y el pueblo necesitaban para encararse con (y apartarse de) la profunda sima del caos político y el colapso económico de Hungría. El resultado, fiel a la más reciente tradición, fue «negociado», pero tal vez el coste de readmitir a los viejos sindicatos como representantes legítimos de los intereses de los trabajadores haya significado más de lo que el Gobierno Antall había previsto. De hecho, de no haber sido por la entrevista en televisión, digna de un verdadero estadista, que el primer ministro mantuvo desde su cama en el hospital, la situación podría haberseles escapado de las manos (78).

b) Sólo el gobierno y los observadores exteriores parecen ser conscientes de que el nuevo régimen ha estado tratando de «gobernar» y de que hasta ahora ha conseguido sobrevivir sólo gracias a la tolerancia de las elites sub-

(78) Para la transcripción de la entrevista en televisión con el primer ministro Jozsef Antall, véase FBIS: *Daily Report*, EEU-20-209, 29 octubre 1990, págs. 45-50.

sistentes. Estas, a su vez, han tolerado a las a menudo impetuosas nuevas elites y han permitido que sea la «cola» democrática la que menee al «perro» apático y conservador, puesto que la prometida «limpieza general» no se ha podido cumplir en la fecha prevista. En el momento en que el régimen sucumbió a las presiones populares por una «justicia política y moral» inmediata, la tregua entre las acorraladas elites subsistentes y el gobierno habrá terminado, por lo que hay que esforzarse por encauzar las emociones reprimidas de forma más constructiva.

La promoción de iniciativas cívicas para beneficiar los objetivos de la comunidad en los gobiernos locales, el apoyo a los esfuerzos voluntarios por ayudar a los pobres y el fomento de los valores judeo-cristianos de tolerancia deberían ser declarados como altas prioridades del gobierno. Continuar con la «transición pacífica» en Hungría a través de medios pacíficos es un interés compartido por las tres elites húngaras, al igual que contener a los que buscan venganza y evitar que dominen las masas. En este caso, otra vez son los intelectuales los que tienen la crítica misión de empezar a poner en práctica lo que predicán: los valores europeos de la humanidad y la compasión de la sociedad civil. Esta vez el enemigo está dentro.

c) Los seis partidos parlamentarios de Hungría alcanzaron el poder gracias a los votos de una escasa mayoría del electorado. Unas elecciones nacionales celebradas hoy darían unos resultados muy distintos de los de hace cinco meses. La explicación más plausible para este cambio de preferencias de los votantes tal vez sea que la gente «ha calado» a los partidos. Lo que se cuestiona es la capacidad de los partidos hoy en la cumbre para representar adecuadamente los intereses de la mayoría sustancial de los ciudadanos húngaros.

De una u otra forma, el resultado de las elecciones de los gobiernos locales de octubre tiende a plantear dudas sobre la legitimidad de todos los partidos del Parlamento, exceptuando a los Jóvenes Demócratas, quienes parecen seguir contando con la confianza de los votantes. Por tanto, los partidos no tienen otra elección que la de intentar adaptarse a las expectativas del público políticamente activo. Cada partido es un conglomerado de coaliciones *ad hoc* que se reunieron de cualquier manera en los últimos dieciocho meses del antiguo régimen. Dichas coaliciones tienen unos intereses enfrenados, y a veces incompatibles, con los del liderazgo del partido al que nominalmente pertenecen. De hecho, en la práctica, algunos de estos intereses de las facciones quedarían mejor satisfechos por otros partidos a uno y otro lado del pasillo parlamentario.

En los próximos meses, el Foro Democrático tendrá que decidir si desahacerse del ala «europea» o del ala «rural radical» del partido y apostar por

el apoyo de las elites subsistentes. Los Demócratas Libres tienen que elegir entre convertirse en un partido de línea liberal o perseguir el esquivo voto obrero, posiblemente formar equipo con algunos socialistas escindidos y definirse como «liberales de izquierda». Los Jóvenes Demócratas podrían convertirse en víctimas de su propio éxito, ya que sus votantes son principalmente personas de mediana edad y ancianos. La AJD podría optar por el poder, la «respetabilidad» y un posible puesto en la coalición de gobierno o convertirse en un club de precoces jóvenes promesas y perder a los antiguos votantes en el proceso.

Los Pequeños Propietarios podrían dirigirse tanto a la «derecha» como a la «izquierda». Su obstinada insistencia en su versión de la verdad sobre el tema de la privatización de la tierra podría conducirles a los brazos de la derecha extraparlamentaria y de ahí al olvido político. A la inversa, si los Demócratas Libres están suficientemente desesperados para querer derrocar al gobierno, que es principalmente del Foro, los «privatizadores thatcherianos» de la ADL darían la bienvenida a los irascibles Pequeños Propietarios. Por último, los socialistas en el Parlamento tienen que decidir si representan a la clase media socialista o a los «trabajadores y campesinos» de Hungría. En el primer caso, el HSP tendría que hacerse eurosocialista (y tal vez vincularse a la ADL) y rechazar forzosamente a su predecesor, el PSTH. En el segundo caso, el HSP se escindiría: algunos se unirían al FDH, algunos a un nuevo «partido nacional de centro-izquierda», bajo Imre Pozsgay, y otros al Partido de los Trabajadores (PSTH) y a los viejos sindicatos.

La actual política de partidos en Hungría podría describirse como una serie infinita de confrontaciones intelectuales de poco peso entre políticos empequeñecidos con *egos* desmesurados. Es de esperar que la cualidad de estadistas y el patriotismo prevalezcan sobre el partidismo divisorio y la miope persecución de pequeños intereses. En una democracia es la gente la que tiene el poder de destituir a las elites, y no al revés. Señores Antall, Kis, Torgyán, Pozsgay, Orbán y Surányi, tomen nota.

[Traducción: ELIANOR LEONETTI]